



## Eficiencia en la publicidad y semiótica causal

Dr. Roberto Flores

CUCUSI (Cuerpo, Cultura y Significación)

Postrado en Ciencias del Lenguaje

Escuela Nacional de Antropología e Historia

rflores57@yahoo.com

### 1. Causalidad

¿De qué manera se produce el encadenamiento secuencial de sucesos al interior de un relato? ¿Cómo es que, al tomar dos sucesos narrados, esencialmente heterogéneos, uno de ellos pasa a ser presentado como la *causa* del otro? Este trabajo pretende abordar la cuestión del *porqué* de los sucesos como parte de la pregunta más amplia que nos remite al *como* de sus encadenamientos. No es satisfactorio intentar una respuesta a la primera pregunta aludiendo a la finalidad del relato, por cuanto esa finalidad introduce un factor heterogéneo al contenido intrínseco de los sucesos puestos en relación y supedita el examen de las partes en provecho de un atajo que conduce de manera inmediata al fin: si bien tal apresuramiento puede satisfacer la inquietud en torno a la estructura global del relato descrito, deja sin tocar los efectos de sentido locales: quien mucho se apresura no tiene tiempo de ver el paisaje.

Otra propuesta de solución se apoya en la arbitrariedad de los encadenamientos y se abre al inventario de las múltiples posibilidades. Cualquier suceso queda así disponible para servir a un conjunto amplio de sucesos que serían sus posibles efectos. Si bien este acercamiento al relato se sustenta en la actitud razonable de quien considera que “lo que adviene podría no haber advenido” (C. Zilberberg, 2006: 30), omite el hecho de que si bien podría no haber ocurrido, sin embargo ocurrió o, más precisamente, el relato dice que ocurrió.

De manera que ni una actitud estrictamente finalista, en la que cada suceso de un relato es de estricta necesidad, ni un enfoque exclusivamente “posibilista” son enteramente satisfactorios. Queda una tercera posibilidad, en la que, en ausencia de indicación contraria, cada par de sucesos que se presentan como encadenado sea considerado, no en función de

la totalidad del relato del que forma parte, ni como un elemento de un inventario abierto de posibilidades, sino en su ocurrencia misma, al poner en juego dos sucesos singulares que advienen en un momento y en un lugar dados.

Hablo del anclaje deíctico que Cassirer reconoce en la causalidad mítica<sup>1</sup>, cuando señala que, si bien “en el pensamiento mitológico *todo* puede *derivarse* de todo, porque todo puede estar conectado con todo temporal o espacialmente”, “al pensamiento mitológico, que se aferra a la representación global en cuanto tal, le basta la imagen del simple curso del acaecer mismo.”(p. 73). Se trata de subirse en marcha al tren del relato descrito, para seguirlo cursivamente y, desde ahí, “inqui[rir] precisamente el ‘porqué’ de lo particular, de lo individual e irrepetible” (p. 75); “inquirir [no] el puro ‘cómo’ del devenir, es decir, su forma legal”, que es característica del pensamiento científico, sino el del mito, que “inqui[ere] exclusivamente su ‘qué’, su ‘dónde’ y ‘a dónde’” (p. 80).

Se trata, pues, de describir los efectos de sentido causales en los relatos: dar cuenta de ellos como encadenamientos de causas y efectos. Si la lectura puede ser del consecuente al antecedente mediante presuposición sintagmática se trata, ahora, de leerlos en su consecutividad como una serie de sucesos encadenados del antecedente al consecuente, es decir, como encadenamiento causal. De ahí que tenga necesidad de precisar que no se trata de buscar causas sino de mostrar cómo un discurso nos dice que un suceso produce o causa otro suceso: la causalidad así descrita será una causalidad dicha, enunciada en el discurso y por él mismo.

¿Por qué este interés? Porque una noción como ésta debe necesariamente poner en tensión tanto las posturas empiristas en lingüística, cuando llegan a hacer de la *causa* un papel temático, como las descripciones narrativas que tradicionalmente desconfían, cuando no rechazan tajantemente, todo recurso a la causalidad. Para fundamentar la descripción de las relaciones causales en los discursos abordaré sucesivamente las cuestiones de la atribución discursiva de causalidad a los sucesos, específicamente la atribución de eficacia y eficiencia causal a un suceso, y el papel del observador en toda atribución causal. Para ello cuestionaré las definiciones lingüísticas del papel temático de experimentante, su simplicidad semántica, en provecho de un desglose de sus funciones narrativas al momento de que se produce discursivamente la atribución de causalidad.

Como sustento factual de la reflexión, presentaré un ejemplo de análisis publicitario. Si bien la elección del ejemplo obedece a cuestiones prácticas y de oportunidad, esencialmente las de contar con un caso claro y de fácil exposición, se justifica también por el hecho de que la publicidad constituye un lugar privilegiado para el examen de los efectos discursivos causales. Es frecuente que se presente una situación inicial que se ve radicalmente mejorada por la utilización de producto y, en muchos casos, con la simple presencia del producto. Así, vemos que un hombre desafortunado en el amor obtiene éxito por su contacto con una pasta de dientes, una cerveza, una crema milagrosa. No es tanto el consumo del producto el responsable del cambio, como un contacto cuyo modo de operar nos parece mágico. En estas publicidades, incluso en aquellos en los que se consume el producto, el cambio se produce por su simple aparición. El espectador es invitado a

---

<sup>1</sup> E. Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas*, tomo 3, México, FCE, 1998.

reconocer la eficiencia causal del producto, por encima de cualquier verosimilitud. ¿Acaso la publicidad no constituye en nuestros tiempos el avatar de los mitos y de la magia de otros tiempos?

## 2. La atribución causal

En términos generales nuestro problema se plantea así: *¿de qué manera atributos del discurso, tales como el orden secuencial de los discursos y las marcas discursivas explícitas manifiestan relaciones entre sucesos susceptibles de ser interpretadas por la instancia de enunciación, directamente o mediante inferencias, como relaciones causales?*

Concebida en el marco de la semiótica narrativa, la *atribución causal* es estrictamente un efecto del discurso y no es responsabilidad del receptor: es una atribución dicha; se manifiesta a través de efectos estructurales y no es dependiente de la subjetividad del destinatario del discurso. Es a través de ella que el orden presuposicional del discurso, la lectura de las secuencias narrativas desde el final hasta el inicio, siguiendo el eje de los antecedentes, característico de la semiótica estándar, da lugar a una lectura de inicio a fin, siguiendo el eje de los consecuentes. Si en la lectura presuposicional la modalización alética de las unidades narrativas, mediante el deber-ser, es la que determina el reenvío de una unidad consecuente hacia su antecedente, en el orden consecutivo corresponde a la atribución causal el reenvío inverso, del antecedente necesario a su posible consecuente.

Cuando existen marcas de causalidad explícitas en el discurso es fácil determinar el orden causal entre los sucesos: por ejemplo, *a causa de, porque, como consecuencia de, hacer que*, etc. No sucede lo mismo cuando ese orden debe ser inferido a partir del orden de mención de los sucesos: en *Juan se cayó al piso; le quitaron la silla*, para llegar a una lectura causal, es preciso excluir primero la lectura no causal, en la que la caída sea el suceso que se produce en primer lugar: porque se cayó, le quitaron la silla. La inferencia causal involucra la interpretación de las anáforas, entre otros factores, o a partir del contenido semántico de las unidades narrativas. Sin embargo, sea explícita o implícita, la inferencia causal se requiere describir su modo de operación.

Sea como sea, el examen de la secuencialidad narrativa en términos de causalidad exige mantener presente el hecho de que en ningún caso nos enfrentamos a procesos causales reales, sino que siempre estamos frente a causas “de papel”, causas que son causas dichas, *causas referidas*. Dentro de esas causas referidas encontramos en primera instancia, además de conectores y de las construcciones adverbiales, las *construcciones causativas*, construcciones que son analizables en términos del sintagma modal del tipo hacer-suceder. Esta categoría similar se articula de manera similar al enunciado factitivo, hacer-hacer, a tal punto pudiera confundirse con él; sin embargo, es preciso observar que en el enunciado causativo, el hacer modalizador no remite a la acción de un manipulador (su hacer tiene como objeto el hacer de otro sujeto), sino que remite al acaecer de un suceso: podría, entonces, parafrasearse el hacer causativo como un suceder, suceder-suceder, si no fuera porque con esta fórmula se pierde la alusión a la dinámica eficiente del suceso modalizador.

En el ámbito discursivo, se trata de determinar los mecanismos mediante los cuales dos sucesos narrados establecen un vínculo tal que es posible decir que la mención a un suceso (S2) requiere como antecedente (presuposicional) otro suceso (S1) y que S2 se produce (la eficacia) por la “intervención” narrativa de S1 (su eficiencia). Nuestro objeto de estudio no es la realidad, sino las relaciones discursivas: intento describir la producción discursiva del efecto de sentido causal, ya sea bajo el modo de una mención explícita o de manera mediata, cuando se requiere de un acto de inferencia cuyo resultado sea una atribución causal.

### 3. Eficacia y eficiencia

Para describir los efectos de sentido causales me he apoyado (Flores, 2009) en un modelo propuesto por Brandt (2002) en el que la causalidad es concebida como un vínculo entre dos sucesos (S1 y S2) y no, como se postula muchas veces desde la lingüística, entre un agente y el resultado de su acción. He propuesto describir la articulación causal entre sucesos en términos de intervención o no intervención, así como en términos del resultado obtenido como producto de una correlación de fuerzas entre los sucesos y del éxito o fracaso en la producción del efecto; he dejado pendiente el examen de los atributos de los sucesos antecedentes vinculados en la producción del consecuente. Para comprender el establecimiento del vínculo causal es posible reconocer la presencia de dos factores: la *eficiencia* del suceso causante (S1) y su *eficacia* en la realización del efecto (S2). A pesar de que los diccionarios generalmente dan como intercambiables las palabras *eficacia* y *eficiencia*, para utilizarlas en el análisis semiótico causal, es posible asignarles un contenido diferencial. Para ello es posible apoyarse en el diccionario del español que señala que *eficacia* se aplica con mayor propiedad a las cosas, mientras que *eficiencia* se aplica a las personas. De esta manera es posible reservar el primer término para designar el resultado de alcanzar un efecto, un objetivo o una meta planteada: en última instancia, la *eficacia* se mide en términos de éxito o fracaso. El término de *eficiencia* lo reservaremos para referirnos al modo en que se obtiene un resultado. Es así que será posible tener una causa que pueda ser eficaz pero sin mucha eficiencia (porque no utilizó la tecnología de punta, porque su operación no siguió el recorrido más económico, etc.), aunque la inversa no sea cierta: quien es eficiente siempre alcanza eficazmente su fin.

La *eficiencia* nos remite de manera más directa a un juicio sobre el sujeto performador y sus competencias. Es eficiente quien posee las competencias adecuadas para la realización de la tarea asignada y las aplica de manera óptima en la performance. La *eficiencia* no es la competencia modal del sujeto, sino un *plus* de sentido que se le añade para caracterizar lo que, a falta de una expresión mejor, es posible llamar *el modo del modo*: es decir, el modo en que se ejerce la competencia modal, su adecuación a ella, la optimización de los recursos empleados y no tanto la competencia exigida por la acción realizada. De esta manera, si un sujeto actúa según el poder hacer, *eficiencia* será la adecuación del poder con respecto al hacer que modaliza. Un ejemplo trivial lo encontramos en la expresión coloquial *matar chinchas a martillazos*: es claro en ese caso que, si se trata de medir la eficacia de la acción, sólo es posible constatar que, efectivamente, se trata de un medio eficaz que conduce al resultado programado: la muerte

de las chinchas. Pero, cuando se aborda la cuestión de la eficiencia, es preciso reconocer que el medio empleado excede la finalidad y que pudieran emplearse medios más adecuados para la consecución del fin.

Se puede ser eficaz sin ser eficiente pero, dadas las condiciones adecuadas, quien es eficiente siempre será eficaz. La eficiencia es cuestión de grado y mide la adecuación de los medios con respecto a la tarea planteada. La eficiencia peca por exceso o por insuficiencia de los medios puestos en práctica.

#### 4. Causa eficiente

Al abordar la cuestión de la eficiencia como el modo del modo de acción, cuyo examen incluso preliminar había quedado pendiente, es preciso remitirse a la noción aristotélica de *causa eficiente*, aunque no sea más que por el hecho de que en ella se encuentra la palabra de marras. Dentro del modelo aristotélico de las cuatro causas, la causa eficiente es aquella responsable de producir el movimiento -en una concepción más amplia de movimiento que el de naturaleza física: por ejemplo, es movimiento el envejecimiento del hombre-: mediante esta causalidad el objeto alcanza la forma que le es propia, alcanza el lugar que le es propio. En ese sentido, es común que se identifique a esta causa con el agente responsable de un movimiento que imprime una forma a la cosa: es común encontrar como ejemplo el del escultor como causa de la estatua. Sin embargo, la noción aristotélica supone que en el agente se manifiesta la causa eficiente sin confundirse con ella. Al ser atribución de su forma propia al objeto, la causa eficiente es atribución de existencia en acto y no simplemente realización de una acción por parte de un sujeto: más precisamente, la forma que se atribuye a la estatua tiene como causa la forma que preexiste en el escultor. En la eficiencia aristotélica no aparecen aún la idea teológica de la forma como grado perfección dentro de la jerarquía de seres en la creación que encontramos en la causalidad tomista y que es responsable de la distinción entre causa primera y causas segundas, así como tampoco encontramos aún las ideas de regularidad o de necesidad natural que serán lo propio de concepciones modernas de la causalidad.

Para Aristóteles, la causa eficiente es la promotora activa de un cambio: la eficiencia se manifiesta en la actividad. Ya he señalado el riesgo de restringirla al agente. Otro riesgo es el de identificarla con un poder o una fuerza: el riesgo es el de construir un compuesto energético inanalizable que se ostentaría como explicación universal de toda causalidad: explicación que, a final de cuentas, no explicaría nada, puesto que, como mínimo, le pediríamos que se desplegara en una variedad. Es así como una expresión como la de “dinámica de fuerzas” se torna un tanto opaca<sup>2</sup>, en cuanto, si bien percibimos la dinámica,

---

<sup>2</sup> Las ciencias de la naturaleza han eliminado cualquier referencia al valor explicativo de la causa. Sin embargo los fenómenos de la significación no responden a los dictados científicos sino a los de la inventiva y la ideación. Otro tema es si la descripción del sentido tendría que apelar a metatérminos de causalidad, a lo que respondemos con la negativa: es preciso describir efectos de sentido causativos, de atribución discursiva de causalidad, pero no hacerlo en términos causales. Se trata de describir bajo qué condiciones, cuando dos sucesos son mencionados, uno de ellos será considerado como la causa del otro: los casos en que dicha atribución causal es explicitada (S2 sucedió “a causa de” S1) no representan un problema; en cambio los

la naturaleza de la fuerza se nos escapa, pero nos deja la idea de que se trata de un solo factor.

La evolución del concepto de causa eficiente es demasiado compleja para poderla expresar en unas cuantas líneas. Bastará, pues, con señalar que a lo largo de los siglos se pasa de la noción de necesidad natural a discutir la de necesidad lógica, con el ánimo de establecer las leyes de la naturaleza desde una perspectiva determinista -es decir, con el ánimo de mostrar que todo movimiento y, subsecuentemente, todo cambio obedece a leyes- hasta llegar al empirismo, que vacía de contenido la noción de causa eficiente. Hume argumenta que el reconocimiento de relaciones causales dependen de la experiencia de la sucesión temporal entre dos acontecimientos y están apoyadas en la detección de vínculos regulares de sucesión entre acontecimientos y no entre entidades (el agente y el objeto que se crea o sufre un cambio): para Hume, la causalidad es una asociación de ideas basada en la experiencia<sup>3</sup>. Con ello es posible el tránsito conceptual de la causalidad en el mundo a la causalidad manifestada o expresada en el interior del discurso.

## 5. Factores que influyen en la atribución causal

La atribución causal no es un factor único sino una correlación de varios de ellos. Los sucesos que intervienen son susceptibles de ser caracterizados en términos del grado de su *dinamicidad*, del grado de intensidad con que interviene (*potencia*) y de la axiologización y patemización de su efecto (*evaluación*). Toda atribución causal pondera los tres factores de manera a determinar el modo de la intervención (intervención o no intervención), el carácter decisivo de la intervención (en términos de exceso e insuficiencia) y la congruencia axiológica entre causa y efecto.

Si la dinamicidad corresponde a la eficacia causal, susceptible de ser descrita en términos de la dinámica de fuerzas que rige la relación entre S1 y S2, la potencia y evaluación hacen intervenir la eficiencia. Con respecto a la potencia, se requiere de una confrontación entre el S1 y el estado inicial del paciente, antes de que se produzca S2, lo que es planteado en términos de la dinámica de fuerzas, pero también se requiere que se confronte la intensidad relativa en que se produce la confrontación, básicamente una confrontación entre causalidad y resistencia o, dicho de otro modo, tendencia de S1 a ejercer su eficiencia y tendencia de S2 a resistir a ella: es preciso que la intervención sea de una intensidad suficiente para vencer toda resistencia y producir su efecto. En cuanto a la evaluación, se requiere de una intervención positiva del suceso causante (la abstención de actuar tiende a ser considerada como no causal, aunque esto no pueda ser considerado una regla); el suceso causante debe confrontarse axiológicamente con la valoración del suceso causado: se trata de una ponderación relativa que de ninguna manera exige a los factores una cierta manera de realizarse o la necesaria congruencia (es el caso de los efectos

---

casos no explícitos y, con mayor razón, los casos en que el lector no reconoce dicha atribución constituyen el terreno privilegiado de descripción de la atribución discursiva de causalidad.

<sup>3</sup> Para la ciencia moderna la causalidad es vista como la existencia de nodos inactivos en una cadena de implicaciones que poseen la apariencia de una ley (Hulswitt, en línea: 38).

indeseados). La coloración afectiva del léxico empleado también contribuye a determinar la intensidad del vínculo causal: por ejemplo, la diferencia entre *matar* y *asesinar*.

La atribución causal pone en juego la asignación de la actividad o pasividad de los participantes, que interviene en el grado de dinamicidad de los sucesos en los que intervienen los participantes (*Los manifestantes fueron arrastrados fuera del edificio*). La atribución de la causalidad a un suceso donde participa un sujeto agente remite a la capacidad de acción, a la competencia, que se le atribuye: con ello se establece un vínculo entre la gramática de sucesos y la estructura actancial. En el caso de sucesos de naturaleza emotiva y sensible, como el caso que aquí será analizado, es preciso ponderar la responsabilidad de quien suscita la experiencia debido a que pocos son los que pueden suscitar dicha experiencia.

Hipótesis: si bien, desde la perspectiva aquí adoptada, la atribución causal es un efecto discursivo producto de la correlación entre sucesos, tiene también el estatuto de una propuesta de interpretación que se dirige a la instancia enunciación, específicamente el enunciatario. De modo que toda atribución causal *dicha* en el discurso opera mediante un embrague enunciativo, en la que un actante de la enunciación, específicamente el actante observador, participa en el enunciado. La atribución debe ser sometida a un proceso de reconocimiento que plantea tres alternativas: su rechazo, lo que implica mantener el estatuto autónomo de los sucesos involucrados; la aceptación en ausencia de otra posibilidad; la sustitución de la atribución propuesta por una alternativa juzgada más plausible. Este reconocimiento supone la necesidad de construir simulacros alternativos de encadenamientos causales y su reconocimiento por parte del observador, actante de la enunciación enunciada que entra en sincretismo con enunciatario. Reconocer la presencia de este actante al interior del enunciado no significa apelar a un sujeto psicológico sino que responde a un acercamiento semiótico y fenomenológico a este efecto del sentido. Los enunciados “experienciales”, como el que aquí será analizado constituyen ejemplos privilegiados para examinar el papel de ese observador en la atribución causal.

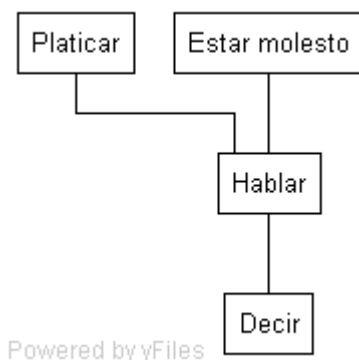
## 6. Análisis de caso

- 1) Dos hombres –uno joven y el otro de más edad, conversan en una cantina. Por la conversación nos damos cuenta de que el joven (de ahora en adelante, el yerno) ha pedido la mano de su novia.
- 2) El futuro suegro le responde alternando momento de amabilidad y aceptación con actitudes agresivas y amenazantes: esto sucede cuatro veces.
- 3) El narrador que describe la escena nos hace notar que cada vez que una luz los ilumina, el suegro cambia de actitud y se torna amable.
- 4) La toma se ensancha y descubrimos que la luz proviene de un anuncio publicitario de brandy Presidente Domecq, al tiempo que una voz en *off* menciona el slogan del producto: “en los lugares donde hay brandy Presidente Domecq difícilmente hay otra cosa más que amistad”.
- 5) El cantinero observa la escena.

6) Se produce un corte a *close up* y aparece una botella del producto de la cual emana un chorro de brandy que cruza trozos de fruta para caer en dos vasos. La voz en *off* prosigue: *por su suave sabor, que mezcla bien,... brandy Presidente Domecq... qué bien sabe, qué bien cae, es de amigos no excederse.*<sup>4</sup>

El texto se divide en seis secuencias que, *grosso modo*, corresponde a los cuadros señalados en el propio *story board*. Las cinco primeras sitúan a dos personajes que conversan en una cantina, mientras que la última plantea una ruptura isotópica puesto que los personajes humanos desaparecen para dar lugar exclusivamente a la presencia del producto publicitado.

La primera secuencia posee la siguiente estructura presuposicional:



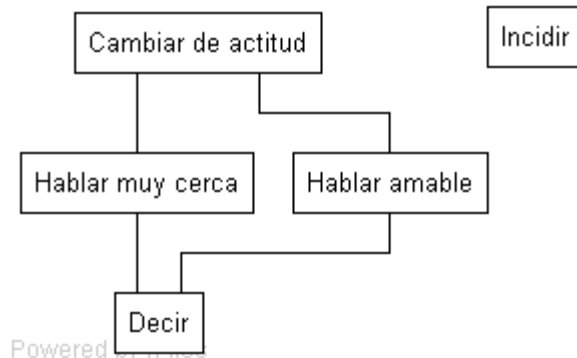
Los sucesos que caracterizan esta primera secuencia son esencialmente imperfectivos: el *estado* de *molestia* y, los otros *-hablar* y *platicar-*, del tipo *actividad*; su valor aspectual les permite servir para caracterizar el modo en que se realiza el *decir*, que es el único suceso de tipo *ejecución*.

La estructura presuposicional de la segunda secuencia se caracteriza por el hecho de que la incidencia de la luz no está relacionada explícitamente con los demás sucesos, por lo que aparece como un elemento de segundo plano que sirve de trasfondo para el relato. Al igual que en la secuencia anterior, sólo el *decir* corresponde a una ejecución, mientras que los otros sucesos corresponden a actividades. La similitud con la primera secuencia es patente, su única diferencia reside en la transformación del valor axiológico *disfórico* en *eufórico*, mismo que se aprecia en el contraste léxico: *molesto* / *amable*.

---

<sup>4</sup> La última frase del anuncio es una recomendación que, por ley, debe incluirse en toda publicidad de bebidas alcohólicas: aparece gráficamente superpuesta en todos los cuadros.





La tercera secuencia reproduce la estructura de la primera por su carga disfórica y por el hecho de recurrir a sucesos imperfectivos: sólo los dos últimos sucesos corresponden a ejecuciones. Por otra parte, al comparar con la segunda secuencia vemos que la escena que pasa de estar iluminada a estar a oscuras: al igual que en la segunda ese suceso aparentemente no se encuentra vinculado presuposicionalmente con los otros.

Al llegar a la cuarta secuencia vemos que se ha establecido un patrón recurrente que se caracteriza por preguntas y aseveraciones que se alternan en el marco de una conversación que pasa sin cesar del estado disfórico a no-disfórico. Estamos, pues, frente a una iteración característica de un relato imperfectivo, susceptible de prolongarse indefinidamente.

La quinta secuencia tiene la misma estructura que las anteriores, salvo por el hecho de que se advierte la presencia de un actante observador manifestado por el cantinero. El análisis que aquí se propone considera a este actante como un delegado de la instancia de enunciación. Además, aparece la fuente de luz, representada por un letrero luminoso del producto publicitado, y se explicita su papel narrativo en la transformación del estado anímico de uno de los personajes: *hace que el hombre mayor cambie de actitud*.<sup>5</sup> De manera que ese letrero es el sujeto operador de la transformación pasional y causativa: al producir el cambio de ánimo, hace que el suegro se ponga a las pretensiones del yerno.

Con la presencia de este actante operador se consuma la performance principal en el relato. La luz del letrero constituye la manifestación figurativa de la competencia de ese actante: al sobrevenir, la luz contrarresta los efectos de una animadversión subyacente de parte del suegro. Su aparición corresponde a la estructura de confluencia (estructura presuposicional en Y) que es característica de muchos anuncios publicitario, en los que se plantea una situación inicial que se ve transformada por la mención al producto. El reconocimiento de esta transformación está a cargo de un destinador-juez que, bajo la forma de una voz en *off*, explicita la sanción correspondiente al formular el slogan, ya mencionado, del producto.

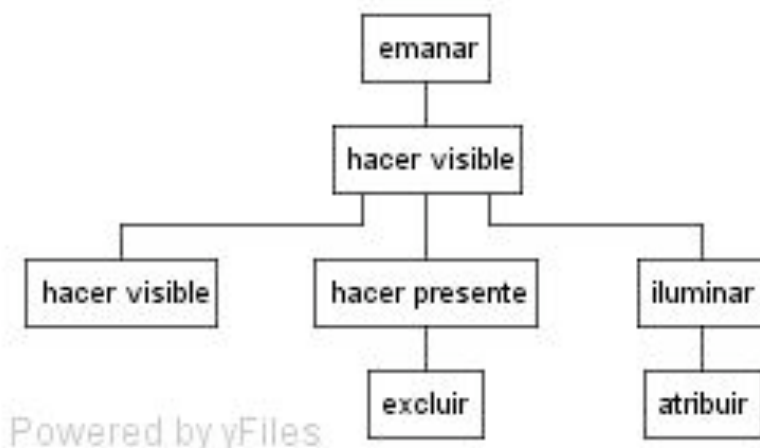
<sup>5</sup> Esta referencia explícita no resuelve el problema de la atribución implícita de causalidad, debido a que estamos frente a un discurso audiovisual en el que el señalamiento del *story board* tiene que reflejarse en imágenes y no con una intervención verbal, como sucedería con una voz en *off*.

El texto pone en escena cuatro figuras actoriales que son susceptibles de ser ordenadas presuposicionalmente: Presidente > Letrero > Luz > Suegro. Los cambios de humor del suegro (agresivo/amable) exigen la presencia y operación de la luz (prenderse/apagarse); la luz emana de un letrero publicitario que torna presente/ausente el producto publicitado. Las interrelaciones entre las figuras dan lugar a distintos enunciados que se sitúan en tres isotopías: la isotopía de la presencia física, la de la visibilidad y la de la amistad. Cada uno de los actores es susceptible de situarse simultáneamente en las distintas isotopías. De esta manera, en relación con el letrero, la luz emana de él al tiempo que lo hace sensiblemente presente. Por su parte, el letrero también hace presente al producto (el brandy Presidente), en un doble sentido: lo torna visible pero también físicamente presente y operante en la escena. En relación con el suegro, el producto excluye la enemistad. La misma luz ilumina a los actores presentes en la escena y les permite ver.

De esta manera se ordenan secuencialmente siete enunciados narrativos, que remiten a la aparición eficaz del anuncio luminoso, pero cuya articulación es preciso elucidar:

- emanar (luz, letrero), que corresponde a un enunciado de atribución del objeto “luz” cuyo valor es doble: la visibilidad y la presencia: otra lexicalización posible de este enunciado es “emitir”;
- hacer visible (luz, letrero): atribución de competencia modal al letrero;
- hacer visible (letrero, producto): igual que el anterior excepto por el hecho de que la visibilidad es del producto;
- hacer físicamente presente (letrero, producto): pudiera ser identificado con el verbo “mostrar”, pero lo que el texto subraya (*en los lugares en donde hay brandy Presidente*) es la presencia física y no nada más la apariencia;
- excluir (producto, enemistad, suegro): corresponde a un enunciado de disjunción del tipo desposesión;
- iluminar (luz, suegro): atribución de visibilidad, al igual que los anteriores;
- atribuir (luz, poder ver, suegro): atribución de competencia perceptual a los actores, especialmente al cantinero que observa la escena.

Con respecto a la articulación la cuestión a resolver es el modo en que se produce la exclusión de la enemistad y sus eventuales vínculos tanto con la visibilidad como con la presencia física.



La estructura sintáctica está formada por un conjunto de enunciados elementales de atribución –dar luz, hacer poder ver, hacer presente-: *sobre ellos incide una luz que no sabemos de donde procede; en los lugares donde hay brandy Presidente Domecq*. Un enunciado de desposesión que corresponde a la exclusión de la enemistad: *en los lugares donde hay brandy Presidente Domecq, dificilmente hay otra cosa que amistad*. Finalmente aparece un enunciado que corresponde a la atribución al suegro de un programa de acción: *descubrimos un letrero luminoso de brandy Presidente que cuando enciende, hace que el hombre mayor cambie de actitud*. Esta transformación es atribuida directamente al suegro e indirectamente, aparentemente mediante un enunciado del tipo hacer-hacer, pero que aquí sera descrito como un enunciado del tipo hacer-sucedir, es decir como un enunciado causativo. Sin embargo, si bien la forma general del enunciado parece inmediatamente accesible, el modo en que se produce la articulación entre los sucesos involucrados –el encender del letrero y el cambio de actitud del suegro- es opaco: esto se debe a que, si bien la eficacia causal está a la vista –se trata de una intervención del tipo bloqueo-, su eficiencia permanece a oscuras. De hecho esto es lo que representa un obstáculo para la comprensión del spot publicitario por parte del espectador: el enunciado causal citado constituye una explicación que el *story board* proporciona pero que en la grabación no aparece. Es decir, el espectador carece de la clave de la interpretación puesto que únicamente se le presentan los dos sucesos involucrados: el encender y apagar del letrero y los cambios de actitud del suegro.

Nótese que, con respecto a la estructura elemental de la significación la exclusión de la enemistad supone una operación de negación que actualiza el valor por omisión que es la amistad: es decir, la amistad no está explícitamente asertada sino que se torna presente por la ausencia del término contrario. También es notorio que, en un primer momento, el origen de la luz es desconocido; origen que sólo en un segundo momento es revelado al enunciatario, pero no así a los actores del relato: este último hecho será de vital importancia para la instauración del actante observador.

Una primera dificultad en la atribución de eficiencia causal a la luz es que, si se quitara la mención explícita a su intervención –*descubrimos un anuncio luminoso de*

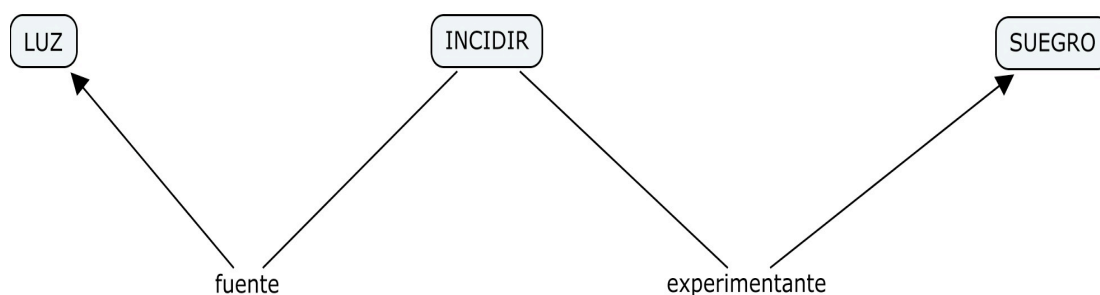
*brandy Presidente Domecq que cuando se enciende, hace que el hombre cambie de actitud-*, entonces tendríamos que preguntarnos cómo es posible reconozca que la luz es responsable de ese cambio y desechar la idea de que se trata de una simple coincidencia.

Desde un punto de vista estrictamente semiótico, la afectación de un suceso por parte de otro es un simulacro discursivo: esta relación es una construcción que realiza la instancia de enunciación durante la discursivización, que atribuye la relación causal a uno de los sucesos –aunque no la explicita o la explique- y distribuye los papeles temáticos (en sentido greimasiano) correspondientes de *causa* y *efecto*.

## 7. El experimentante y la atribución causal

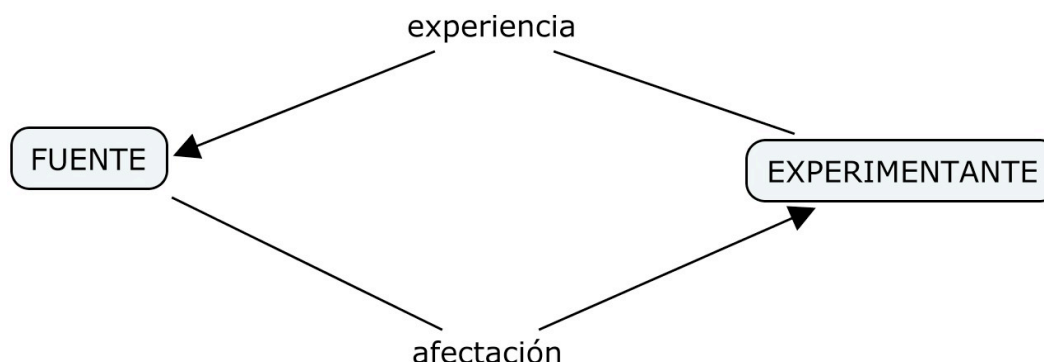
La lingüística cognitiva tiende a analizar ejemplos similares de distribución actancial en términos del modelo transitivo-causativo de la bola de billar (Langacker, 2001: 209-210), en donde existe una causa (el letrero que se enciende) que ejerce una fuerza sobre un paciente y produce un efecto (el cambio de estado del suegro). Al interior de ese modelo hace intervenir al papel temático de *experimentante*. Así por ejemplo, en *las arañas asustan a Andrea*, las arañas son la causa del susto del experimentante. Tal análisis sólo sería aceptable si se contara con indicios que permitieran identificar la naturaleza de la “fuerza” ejercida sobre el experimentante: no se ve de qué modo la luz afecta el estado de ánimo del suegro, a menos de aceptar *a priori* que la luz alegra y la oscuridad irrita. Por otra parte, si se deja de lado al futuro yerno que no se ubica en la isotopía de la experiencia emotivo-perceptual sino en la de la comunicación y, por ello, es ajeno a la estructura aquí analizada, se tendría que identificar el papel enigmático que juega el cantinero que observa la escena y preguntarse también si la instancia de enunciación interviene de manera decisiva en la relación entre el estímulo luminoso y el cambio de actitud emotiva del suegro.

Asumamos por un momento una perspectiva más general, desligada del caso analizado: tradicionalmente se describen los verbos de sensación mediante el vínculo entre una fuente y un paciente o experimentante, como lo ilustra el grafo conceptual correspondiente:



El grafo muestra la dependencia de los participantes con respecto al verbo, pero se limita a esta constatación, etiquetando los papeles temáticos sin describir realmente la

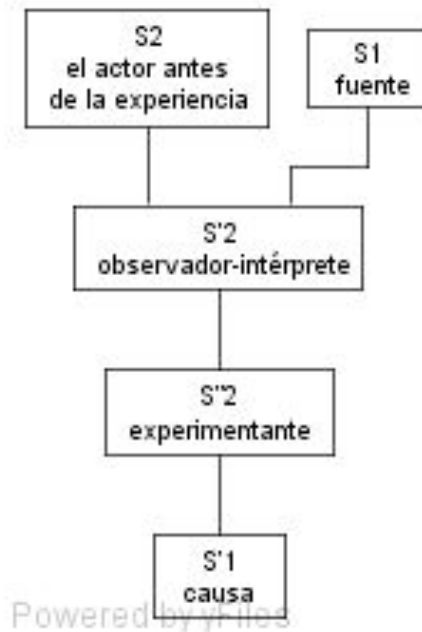
naturaleza de las relaciones actanciales subyacentes. Para dar un primer paso en la caracterización semiótica de la eficiencia es tomar como punto de partida el ejemplo de los verbos de percepción, en los que es posible distinguir entre lo que los lingüistas han llamado un “estímulo” y un “experimentante” y dos vínculos entre ellos: la *afectación* por parte del estímulo o fuente -*este pescado huele mal*- y la *experiencia* del experimentante, *este pescado me huele mal*; la experiencia puede llegar a ocurrir en ausencia de la figura que asume el papel de estímulo, *me huele a pescado podrido*.



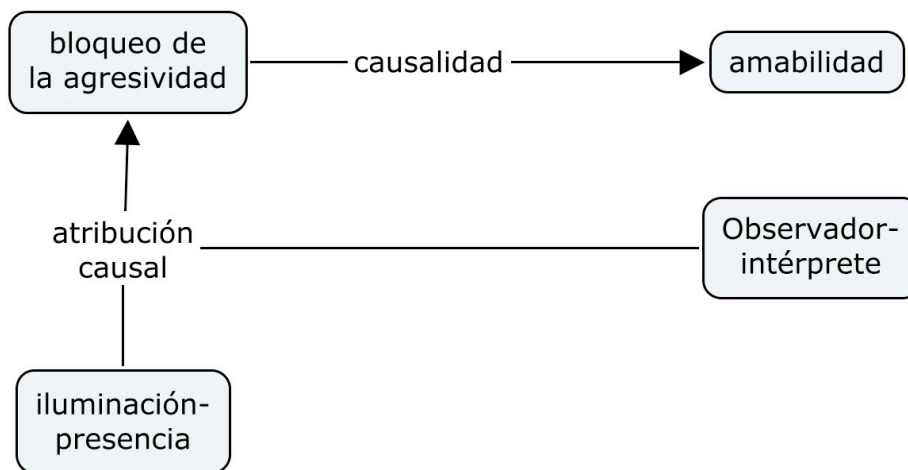
El caso del experimentante plantea un factor adicional. Si el efecto puede satisfacerse con ser pasivo -como ya se plantea en la causalidad aristotélico-tomista –en donde se afirma que el agente comunica al efecto alguna perfección suya-, el experimentante no se contenta con esa pasividad sino que es fuente de ciertas operaciones. De manera que, en la experiencia, la construcción semiótica del vínculo causal no es simplemente transitiva (de la enunciación a los sucesos enunciados) sino que es reflexiva para S2 y transitiva para S1: S2 asume las funciones de observador e intérprete, características de la enunciación, se construye a sí mismo como un participante activo y no como un simple efecto, al tiempo que atribuye a S1 el papel de causa. En consecuencia es posible afirmar que la experiencia consiste en seleccionar su antecedente causal: S2 *selecciona* a S1. Tal selección es evidencia de la presencia de la instancia de enunciación en el discurso, presencia que en su grado mínimo se restringe a la de un observador.

Tenemos entonces que, bajo el enunciado experiencial, se producen las siguientes transformaciones que se organizan alrededor de una estructura presuposicional de confluencia:

- S1 sobreviene en el campo de presencia de S2;
- S2 asume el papel de observador-intérprete del sobrevenir, el simulacro S'2;
- S2 se transforma a sí mismo en experimentante, el simulacro S''2;
- S1, el estímulo, es transformado en causa, el simulacro S'1.



Se trata igualmente de “papeles temáticos” cuya construcción recae directamente bajo la responsabilidad de la enunciación y que, en primera instancia, tienen el carácter de simulacros discursivos, previamente al paso a la acción. En la atribución causal estamos, pues, frente a un caso de confrontación de simulacros que la semiótica ya ha encontrado en otros lugares: dentro de las semióticas de la manipulación y de la sanción, pero que aquí se extiende a la causalidad.



De modo que la instancia de enunciación, bajo la forma del observador implícito, en sincretismo con un actor del relato, S2, atribuye a S1 la competencia y performance causal. Este proceso de atribución constituye un doble proceso de construcción de simulacros de sí

mismo, S'2 y S''2: primero, se reconoce a sí mismo como un observador y, segundo, se asume como experimentante. Con el primer papel actancial “objetiva” la acción de S1 como origen de la operatividad causal: se le presenta como S'1. Con el segundo, se asume a sí mismo como meta y efecto de dicha operatividad. Es así como la apuesta que consiste en dar cuenta de la causalidad sin apelar a la intervención de fuerzas preserva la presuposicionalidad como modo de lectura analítico.

En el caso aquí analizado las cosas se presentan de manera diferente: el observador-intérprete se encuentra en sincretismo parcial con el suegro; si bien experimenta los efectos de la luz que emana del letrero y que torna presente al producto, no es él quien constata y, con ello, propicia la atribución causal. En caso de relatos en primera persona el sincretismo es completo, pero cuando se trata de relatos desembragados, normalmente la atribución causal es establecida por la instancia de enunciación. En el caso presente, se produce una tercera opción: al ser el sincretismo parcial, el desembrague es también parcial. Quiere decir esto que en el relato se opera un retorno a la instancia de enunciación: esta operación enunciativa es responsable de la instalación del actante observador dentro del enunciado bajo la figura del cantinero: es él quien se encarga de realizar la atribución causal. Ahora bien: como delegado de la instancia de enunciación, este observador actúa bajo la égida del enunciatario. Un lazo de complicidad cognitiva se establece entre el cantinero y los espectadores.

## 8. Conclusión

El ejemplo aquí analizado presenta un caso en donde, si omitimos la mención explícita a la intervención de la luz hasta la quinta secuencia y el papel del cantinero, esta atribución no es muy clara puesto que el encender y apagarse de la luz –por más regular que sea- podría ser considerado como simple coincidencia, mera sincronía azarosa entre dos sucesos: el encendido de la luz y el cambio de ánimo del suegro. La operatividad de la luz no es evidente, lo que impide reconocer en ella a un sujeto operador: la luz del letrero no atribuye nada al suegro, si no es la mera iluminación<sup>6</sup>.

Otro ejemplo de atribución fallida lo encontramos en un anuncio televisivo de una tienda de departamentos en la que una mujer embarazada siente los movimientos de su bebé cada vez que pasa una bolsa con el logo de la empresa. Aparentemente, la inferencia causal que se propone es que el bebé es una niña que se emociona cuando ve las compras que se hacen en esa tienda: en tal caso, la correlación entre los compradores que circulan por el centro comercial cargados de paquetes y los movimientos del bebé no es evidente en un primer momento, se requiere ver varias veces el anuncio para detectarla.

Los factores que juegan en contra de la atribución causal son: la heterogeneidad de los sucesos que intervienen y la distancia espacial o temporal que separa a ambos sucesos. En efecto, en franca alusión a Hume, es posible considerar que la atribución tiene éxito cuando existe contigüidad espacial y temporal entre ambos sucesos, también tendrá

---

<sup>6</sup> Es notorio que para nosotros, estudiosos del lenguaje, la atribución de causalidad se torna problemática y quizá insostenible, mientras que para un físico determinista lo escandaloso sería la presencia del puro azar.

mayores probabilidades de producirse cuando se sitúan en la misma isotopía. La probabilidad se incrementa aún más con el carácter iterativo del suceso. Pero, es preciso observar que, en cualquier caso, se habla de la posibilidad de la inferencia causal y no se explica la causación misma.

En ausencia del recurso a la legalidad que Cassirer reconoce en el pensamiento teórico científico, el anclaje deíctico de la causalidad mítica exige la intervención de un *tiers actant* (en términos de Coquet), un actante que reconozca el vínculo causal y lo ponga en marcha. Ese actante es el observador-intérprete que realiza una operación de selección sobre los atributos del suceso causante para atribuir a uno de ellos su carácter eficiente. No es tanto el reconocimiento de una fuerza o energía causal o de una sustancia que pase de la causa al efecto, como de la atribución a la contigüidad y la simultaneidad, al contacto y la coexistencia, de un vínculo que obedece al principio de *juxta hoc, ergo propter hoc* en el curso del acaecer mismo de los sucesos, en función de la proposición imperativa de “que en el mundo nada ocurre por azar, que nada puede acaecer por azar” (74). De esta manera, todo suceso exige una causa que opere de acuerdo a este principio, que es el de la magia simpática; se establece así un enlace que rompe con el carácter heterogéneo de los sucesos en provecho de vínculos mágicos de pertenencia. En esta visión del mundo nada ocurrirá accidentalmente sino en virtud d una necesidad planteada por la pertenencia de las cosas al mundo y de unas a otras. Es el observador-intérprete quien se hace responsable del reconocimiento de este vínculo imperioso y necesario y, a través de él, nosotros participamos de ese mundo imaginario en el que todo se corresponde con todo.



## Bibliografía:

- P. A. Brandt, "On causation and narration", *Winter Symposium: Structures of Causal Meaning*, Center for Semiotic Research, University of Aarhus, janvier 2000, en línea, tomado el 17 de mayo de 2005 de <http://hci.ucsd.edu/coulson/200/PAaB.pdf>.
- R. Brown y D. Fish, "The psychological causality implicit in language". *Cognition*, 14(3), Elsevier, 1983, pp. 237-273.
- E. Cassirer, *Filosofía de las formas simbólicas*, vol. 3, México, FCE, 1998.
- R. Corrigan, "Implicit causality in language: event participants and their interactions", *Journal of language and social psychology*, vol. 20, no. 3, Sage Publication, 2001, pp. 285-320.
- R. Flores, "Causalité et sémiotique des événements", *Analytiques du sensible*, Limoges, Lambert-Lucas, 2009, pp. 37-49.
- R. Flores, "Narración, aspecto y dinámica de fuerzas", in M. Lubbers Quezada et R. Maldonado, *Dimensiones del aspecto en español*, México-Querétaro, UAQ-UNAM, 2005, pp. 327-346.
- M. Hulswitt, "A short history of causation" (en línea), tomado el 25 de octubre de 2006 de <http://www.library.utoronto.ca/see/SEED/Vol4-3/Hulswit.pdf>; versión abreviada de M. Hulswitt, *From Cause to Causation. A Peircean Perspective*, Dordrecht, Kluwer Publishers, 2002, capítulo 1.
- R. Langacker, *Concept, image and symbol*, Berlín-Nueva York, Mouton de Gruyter, 2001.
- C. Zilberberg, *Semiótica tensiva*, Lima, Universidad de Lima, 2006.